

ro sin la luz el color no aparece; asimismo todos tienen valor; pero sin la demanda es un valor muerto.

Por fin, señores, terminó diciendo el belga, dispensen ustedes la lata económica, en gracia de ser un hecho real y de haberme dado ocasión para demostrar al amigo Faustino que pudiera darse muy bien el caso de que con tan deslumbrante diadema no rematase esas privaciones de que nos habla, en su coquetería de bohemio, y en que no creo mucho.

Allá va ahora el reverso de la medalla: mi hermano y sus compañeros en un buque de vela llegaron á Madagascar, y una vez

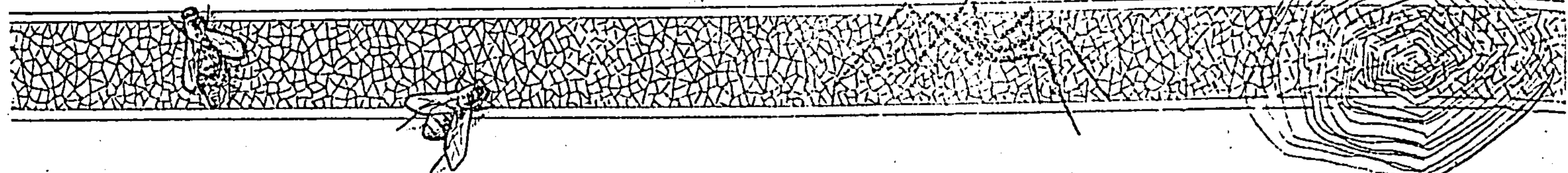


allí, prosiguieron el viaje en un vapor de las Mensajerías, pagando el pasaje de los cuatro con un sólo diamante que cautivó á una inglesa que estaba dando la vuelta al mundo en compañía de su esposo, como quien da la vuelta á una colmena, pues estaban en plena luna de miel.

Faustino calló, y como era muy enamorado, se limitó á añadir por todo comentario:

—Después de lo que usted ha contado, me atraen mucho más los ojos de la Condesa que su constelación de brillantes.

DAVID DE MONJOY.



DESENCANTO

(A mi buen amigo S. Hernández.)

(De 'Mis Memorias.')

Era yo pasante de Derecho cuando solicitó mis servicios profesionales el señor Don Inocente Cordero, hombre más bueno que el pan y antiguo conocido mío, el cual, porque había hecho trillar una parva de cebada en la era de un vecino suyo, sin saber que ya éste la había vendido, es decir, por "quitame allá esas pajas," se había enredado en un pleito con Don Silvestre León, cacique del pueblo, hombre de pocas pulgas y muy malas entrañas.

Yo, desde luego, manifesté á mi cliente que, aunque el caso que me proponía era bien claro y aunque estaba la justicia de su parte, era de opinión que se arreglaran las cosas amistosamente, porque ya dice el cantar:

Los pleitos y las sangrías
Lo mismo vienen á ser;
Evítalos cuanto puedas
Si no quieres padecer.

Pero supe que ya la parte contraria había llevado la cuestión ante el juez del partido, y pues ya no cabía el arreglo amistoso y hay un refrán que dice: "á lo hecho, pecho," resolví encargarme del negocio. Aquí quiero confesar que á ello me movió no solamente la consideración de que la causa que yo iba á defender era justa, sino también la de que ganar un pleito contra un señor de tantas polendas como Don Silvestre León, cuando yo hacía mis primeras armas en la carrera tan honrosa cuanto escabrosa del Derecho, no podía menos que darme crédito y renombre que más tarde me abrirían las puertas de la fortuna y el poder.

Bien sabe Dios que ese era
Mi más hermoso sueño.

pero de él me despertó el más amargo y cruel de los desencantos.

Era el juez del partido el señor Lic. D. Severo Verdugo y era el abogado de la parte contraria el señor Lic. Don Perfecto Gavilán, y por más que ante ellos aduje desde los mandamientos de la ley de Dios, hasta los artículos de los últimos

códigos civiles é inciviles, por más que les cité desde el juicio de Salomón hasta el juicio final, perdí el que yo defendía y no perdí también el poco que tengo, porque

triste estuvo que fuera á cumplir su condena en las nada hospitalarias Islas Marias.

Entre los votos y reniegos que la indignación me arrancó, renegué de la carrera que tan espinosa comenzaba, hice voto de ahorcar los libros de Derecho y de hecho los ahorqué.

Desde entonces no he vuelto á defender más pleitos que los que suele armarme mi patrona por cuestiones del pupillage, y aun en éstos me he dado á partido antes que darme á todos los diablos el día que se le ocurra demandarme ante un tribunal como el de marras.

HERMOGENES.

ARMANDO FALCONI

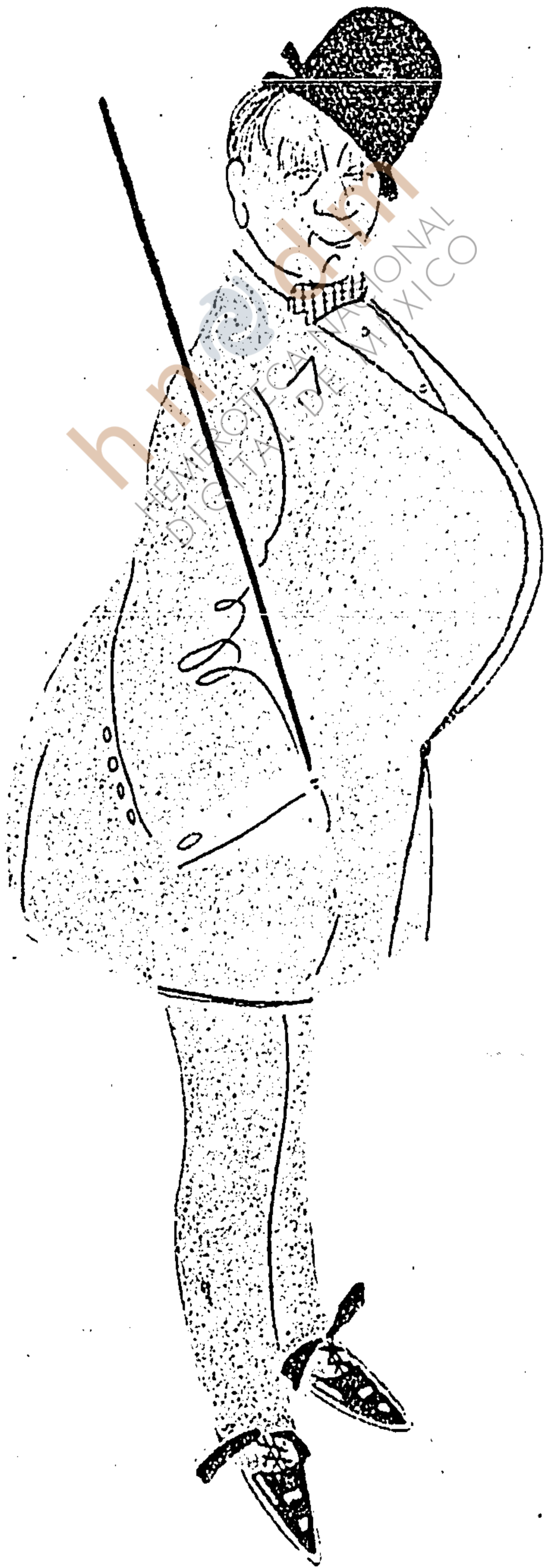
El miércoles último celebró en el Arben su función de gracia el actor cómico italiano de este nombre, consorte de la eminente Tina di Lorenzo, de cuya Compañía es uno de los elementos más valiosos.

Se ha dicho, con razón, que á Falconi preocupa esencialmente seguir aquel consejo de Irving, el eminente actor inglés, que afirmaba que la verdadera personalidad del actor consistía en abandonar la suya para adquirir la del personaje creado por el dramaturgo. Falconi, aparte de su gracia abundante y natural, tiene en la magnífica manera de caracterizarse, uno de los secretos de sus triunfos. Dispone del gesto, manda sobre él, y le tiene en la cuenta de un esclavo que le adivina la voluntad. Su fisonomía es parladora en sumo grado.

Falconi campea de la misma manera en el género bufo antiguo italiano, que en el moderno, modificado un tanto por la influencia francesa contemporánea, que todavía no ha conseguido vestirlo con los atavíos de la caricatura, monstruosa hija de la locura.

Espontáneo, sincero, distinguido en su natural "comicidad," Armando Falconi, como lo advertía un crítico italiano, muerto ya, Claudio Leigh, es el digno continuador de las envidiables y gloriosas tradiciones del actor "gracioso" italiano, que, en la presente evolución del arte escénico, tendía á desaparecer.

Falconi celebró su beneficio con "La tía de Carlos," regocijada y famosa pieza en que dió al público la medida de sus recursos.



Armando Falconi.
Caricatura de Nagoria.

Dios hubo misericordia de mí; pero el pobre Don Inocente Cordero no solamente salió trasquilado, (aunque no iba por lana, sino en demanda de justicia), pero salió condenado en costas, y en un